

primer día de la semana, a la salida del sol, fue al sepulcro a embalsamar el cuerpo de Cristo (Mc 16:1-2). Santa Magdalena no fue una simple testigo de la Resurrección; según la Tradición de la Iglesia, fue una importante mujer de bien, que usó su fortuna viajando para dar testimonio del Señor resucitado. Después de la ascensión del Salvador, María Magdalena viajó a Roma, entró en el palacio del Emperador Tiberio Cesar Augusto, y habló de la injusticia con la que fue juzgado Jesucristo en el tribunal de Poncio Pilato, y anunció la Resurrección de Cristo de entre los muertos, llevando en su mano un huevo y diciéndole: “¡Cristo resucitó!”. Burlándose de ella, el emperador dijo: “¡La posibilidad de que resucite un hombre de entre los muertos, es como si el color de este huevo se convirtiera en rojo!”. Así sucedió; el color del huevo se convirtió en rojo.

María Magdalena siguió anunciando la Resurrección Cristo en la Corte del Imperio. Por esto, algunos íconos la presentan llevando un huevo de color rojo. Por ello esta tradición se propagó entre los fieles, el teñir los huevos de color rojo.

Que nuestra celebración de Pascua sea para nosotros una oportunidad de regresar a nosotros mismos, comprometiéndonos con Cristo que permaneceremos junto a Él, consolidados por Su Resurrección y obteniendo, por su medio, todo lo bueno y la bendición; para que, con júbilo y alegría, enfrentemos nuestras dificultades diarias, soportando nuestra propia cruz hasta que el Señor nos otorgue la santa resurrección. Amén.

Felicitaciones

Con el saludo del Ángel que anunció a las Mujeres Miróforas la Resurrección de Cristo diciendo: “No está aquí, ha resucitado. Id pues y anunciad a los apóstoles...”, Monseñor Siluan quiere felicitar a toda la feligresía ortodoxa en Argentina, al cuerpo clerical, a las comisiones

laicas, a las instituciones educativas, a los jóvenes, a los niños y a todos y cada uno de nuestros hermanos en éste día tan especial: el de la Resurrección de Nuestro Señor.

Feliz Día de San Jorge

Asimismo, Su Eminencia saluda a todas las Parroquias que festejan el día de San Jorge el próximo jueves 23, los colegios y los fieles que llevan por nombre Jorge. Reciban el cariño de Nuestro Padre y Pastor con los mejores deseos y felicitaciones, y que la bendición del Resucitado y de Su glorioso Mártir estén para siempre en sus hogares.

Saludo Pascual

El saludo pascual es una tradición entre los ortodoxos. San Serafín de Sarov pedía que los cristianos siempre se saludaran de esa manera. En nuestra Iglesia es costumbre que ese saludo se mantenga durante cuarenta días cada vez que nos encontramos en la Iglesia o entre nosotros mismos. Nos gustaría compartir con ustedes la fonética de éste saludo en varios idiomas:

Español: ¡Cristo resucitó! ¡Verdaderamente resucitó!

Arabe: ¡Al Masih kam! ¡Hakam Kam!

Griego: ¡Jristos anesti! ¡Alizos anesti!

SOFIA

Esta semana continuaremos con las charlas del Seminario Ortodoxo de Formación para Iberoamérica: martes 21 a las 21:30 “Pascua en Icono grafía e Himnografía” y Jueves 23 de abril a las 20:30 hs “La Vida de San Nectarios de Egina”.

Si no se ha inscripto todavía envíe un email a: arzobispado@acoantioquena.com, expresando el deseo de participar en las charlas hasta un día antes de las mismas; posteriormente recibirá del administrador WiZiQ una guía de acceso. La participación es totalmente gratuita.



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 16 - 19 de abril de 2009

Domingo de la Gloriosa

Pascua de Resurrección

El triunfo de la vida sobre la muerte

“La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron”

En el día glorioso de la resurrección, el evangelio anuncia solemnemente la victoria definitiva del Señor sobre la muerte: “La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron”. ¿Cómo el Señor pudo vencer la muerte, siendo hombre como nosotros? ¿Por qué las tinieblas no pudieron detenerlo así como detuvieron a toda la raza humana? ¿Es posible que Su resurrección pueda ser nuestra, así como la Iglesia lo predica?

Este misterio se clarifica cuando analizamos nuestra realidad aplicando este principio universal cuyo enunciado es: cada cosa busca su semejanza, ya que los opuestos no se juntan. En efecto, el mal no busca hacer el bien sino cómo perpetuar el mal; la muerte no busca mantener la vida sino cómo terminar con ella; la injusticia no busca establecer la justicia sino cómo afirmar su propio interés; el pecado no busca vivir en la santidad sino cómo echar raíces más profundas; etc. Así, la muerte reinaba y su señorío se extendía sobre toda la humanidad, deteniendo a todos los hombres bajo esta fatalidad tan mortal.

¿Cómo el Señor revirtió la situación? Con su ejemplo, Él mostró el camino de los mandamientos que enseñaba y predicaba: no resistir al mal, sino contestar el mal por el bien; perdonar “setenta veces siete”; aceptar la injusticia; amar a los enemigos y orar para los

perseguidores; etc. En todo y siempre, hizo la voluntad de Dios. Así, Él fue y se quedó sin pecado.

Cuando murió en la cruz, la muerte recibió a este muerto como si recibiera al más común de los hombres, impotente y despreciado. Sin embargo, no podía detenerlo allí, porque no pudo identificarle como sujeto propio, tampoco encontró en Él un lazo de parentesco alguno. Al revés, ocurrió lo inesperado: por la presencia de este muerto exento de pecado, se reveló la Verdad en medio de la mentira, brilló la Luz en medio de las tinieblas, se acrecentó el Amor en medio del odio, prevaleció la Vida donde reinaba la muerte. En resumen, la muerte “murió” al haber recibido a la Vida en ella; el mal se desarticuló ante el Bondadoso; el pecado desapareció ante la manifestación del Santo; el odio capituló ante la fuerza del Amor; la injusticia cedió ante la fuerza de la justicia del Señor; la mentira se disipó por la presencia de la Verdad; etc. En fin, el Señor confundió a la muerte, al diablo y al mal en su propia casa, en su propio dominio.

Si el Señor aceptó toda la injusticia y la maldad del diablo y los pecados de la humanidad a través de los siglos, y se ofreció a todos los sufrimientos físicos y morales que conocemos, sin embargo, conservó íntegra su comunión con Dios, y vivió así como Dios tuvo la intención que el hombre viviera en el paraíso, sin dejar que le afectara la acción maléfica del diablo y del pecado. Por ser una víctima injustamente condenada y hospedada en el lugar de la muerte, manifestó su identidad, o sea su humanidad unida a la divinidad. Por ello, en lugar de ser atado por el mal, el odio, el pecado, etc., fue Él quien los ató una vez y para siempre. Así se realizó la resurrección del Señor.

En realidad, el Señor mostró una sabiduría divina en cuanto a la salvación de la humanidad de lo que la violentaba y dominaba. La resurrección fue la finalización de la obra que

había empezado con la creación del mundo. No solamente supo cómo vencer la muerte, sino también nos ofreció su victoria y nos enseñó cómo vencer en nuestro turno y vivir por la fuerza de la resurrección que nos purifica de todo pecado. Si la palabra “pascua” significa paso, estamos pues invitados a realizar el pasaje del estado de un muerto verdadero a un vivo verdadero.

¿Cómo podemos realizar ahora nuestra propia resurrección? Afortunadamente, el Señor ya la realizó a través de nuestro bautismo, donde fuimos partícipes de Su resurrección; mediante la crismación, donde hemos recibido al Espíritu Santo guiándonos en toda la verdad y la comprensión de Su palabra; y por último, por la santa comunión, donde nos unimos a Su humanidad gloriosa, vencedora de la muerte. Por su obra, Él puso las semillas de la resurrección en el mundo, nos instruyó en el conocimiento de la verdad y nos habilitó a la participación de la vida eterna.

Sin embargo, estamos distraídos de nuestra salvación y nuestra resurrección. ¿Acaso el diablo no intentó distraer al Señor de su objetivo, de su providencia, de manera directa o indirectamente, especialmente después del bautismo, y luego en la cruz? ¡Cuánto más tenemos nosotros que velar la gracia que nos ha sido dada! Intenta vencerte, porque todo está en ti. En ti está el predio de lucha contra el mal, la más difícil de las luchas: resucitar del odio, de la pereza, de la vicisitud, etc., y permanecer en el perdón, la perseverancia, la virtud. Sí, hay que sacar, indubitablemente, la piedra que cierra nuestro corazón.

No podemos estar neutrales o distraídos en la Iglesia: “*El que no está conmigo está contra mí*” (Mt 12:30). Nuestra fe en la resurrección implica asumir responsabilidades mayores, porque no podemos en adelante vivir como si nuestro bautismo fuera inoperante en nosotros. Hemos resucitado con Cristo; somos “*la sal de la tierra*” y

“*la luz del mundo*” (Mt 5:13; 14). El mundo espera que le mostremos la vida de la resurrección. Estaremos en la resurrección cada vez que ofrecemos esperanza en la prueba; que nos inclinamos para lavar los pies uno de otro; que consideramos que el amor es superior a los honores y las posiciones; que la voluntad de Dios es la más querida para nuestro corazón; que unamos la mano de un arrepentido con Dios; o que llevamos nuestra cruz con alegría.

Festejaremos, pues, la Pascua si podemos ver al Hijo de Dios venciendo el pecado envuelto en nosotros, y destruyendo la muerte que nos consume. Él es nuestra resurrección hoy, no mañana; ahora, no después. La Iglesia anuncia esta victoria solemnemente y no deja de hacerlo. “*¡Cristo resucitó!*”.

+ **Metropolitano Siluan**

Tropario de Pascua (Tono 5)

“Cristo resucitó de entre los muertos, pisoteando la Muerte con la muerte y otorgando la vida a los que yacían en los sepulcros”.

Árabe Fonético

“Al Masíhu kama min bainil amuat ua uati al mauta bil maut ua uahabal haiata lilathina fil kubur”

Griego Fonético

“Jristós anesti ek nekrón thanáto thánaton patísis ke tisendis mnísmasi zoín jarisámenos”

Kondakio de Pascua (Tono 8)

“Aunque descendiste al sepulcro, Tú que eres Inmortal, borraste el poder del infierno y te levantaste Victorioso, ¡Cristo Dios! Y a las mujeres portadoras del bálsamo dijiste: ¡Regocijaos! Y a Tus discípulos otorgaste la paz, Tú que otorgas la resurrección a los caídos.”

Hechos de los Apóstoles (1:1-8)

El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio

hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo. A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, "que oísteis de mí: Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días". Los que estaban reunidos le preguntaron: "Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?" El les contestó: "A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra."

Santo Evangelio según San Juan (1:1-17)

En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros,

y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y clama: "Este era del que yo dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo." Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.

Los huevos de Pascua ***Según la Tradición de la Iglesia***

Los Sacerdotes bendicen huevos y los distribuyen al final de la Divina Liturgia Pascual, y los fieles los intercambian como regalos, de modo tal que hoy en día es difícil imaginar una Pascua sin huevos. Pero, en verdad, ¿qué significado tiene esto?

El huevo es símbolo de la creación y de la vitalidad; es símbolo de vida nueva y de fertilidad en muchas culturas y religiones. Mucho tiempo antes de la aparición del cristianismo, los persas intercambiaban como regalo un huevo para la llegada de la primavera. Los romanos ofrecían huevos rojos como regalos para el Año Nuevo. Y hasta hoy en día, el huevo forma parte de la comida simbólica en la Pascua hebrea, cuando el pueblo judío celebra la vida nueva al verse liberado de la esclavitud en Egipto.

Heredamos esta rica tradición, pero la Pascua cristiana le dio un significado nuevo al simbolismo del huevo: así como la cáscara del huevo se rompe para que surja de él una vida nueva, como también la roca del sepulcro se abrió cuando Cristo resucitó al tercer día.

Las culturas antiguas vieron en el huevo un símbolo del regreso de la vida a la naturaleza; los cristianos lograron contemplarlo como símbolo de regeneración del género humano.

La Iglesia Ortodoxa llama a María Magdalena “*la igual a los Apóstoles*”. Ella es una de las mujeres miróforas, que muy de madrugada, el